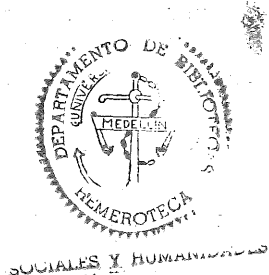


aproximación al pensamiento de estanislao zuleta



luis antonio restrepo

Tomar en serio la vida, el arte y el pensamiento es ya una manera de oponerse a la tendencia dominante de nuestra civilización.

Estanislao Zuleta
Correspondencia. Enero 23 de 1990.

Toda vida humana es inagotable y más si se trata de la de un creador. Sin embargo se puede al menos destacar algún rasgo característico sin caer en la presunción de creer que con esto se la abarca toda. En el caso de Estanislao Zuleta, corro el riesgo de decir que su característica fue la inquietud esencial, la aceptación plena de la más fuerte tensión como forma de vida. Y no he encontrado expresión más adecuada para dar cuenta de ese modo de ser que la forma como Thomas Mann define en "José y sus hermanos", obra amada por Zuleta, a Abraham:

El autor es profesor en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, seccional de Medellín y cofundador de UNAULA.

"De esta ciudad, en tiempos muy remotos un soñador roído de inquietud había partido... pensaba haber tomado el mejor partido, el que más convenía a su estado de insatisfacción, de duda y de angustia... su partida revestía un carácter de revuelta y de protesta innegables... No siendo la vida sedentaria agradable al que duda, había partido".

La insatisfacción, la duda y la angustia hicieron de Estanislao Zuleta un nómada, alguien que no podía instalarse en las instituciones con pasividad, sino coexistir con ellas reivindicando la distancia crítica, esencial para mantener una identidad irreductible, pero consciente de su carácter problemático. Una vez más de Zuleta se puede decir lo que él dijo de Thomas Mann:

"Thomas Mann advierte que la diferencia es una influencia que transforma, pero que no transforma por el mecanismo de una identificación, sino que mantiene una resistencia; promueve más bien la diferenciación que la identificación, ingresa en la historia como introducción de significados y valores nuevos,

y no se deja arrastrar fuera de la historia con la disyuntiva entre ser idéntico o nadie".

En una palabra, la tensión que recorrió toda su vida derivó de su rechazo a dejarse colocar en la disyuntiva entre el yo romántico, orgulloso de su soledad o la inserción en el rebaño, gozoso de su aniquilación de la identidad. De ahí su auto-exigencia de enfrentar los problemas desde la doble perspectiva de lo individual y lo colectivo, como una crítica a la tendencia que él reconocía como espontánea y que por lo tanto era preciso combatir, a la idealización en la vida personal y colectiva. El haber detectado ese doble mecanismo de la oferta y la demanda de idealización con la que los hombres y las sociedades conjuran su miedo a la disolución de la identidad, que en el ser humano viene determinada por su ineluctable destino: el hombre es un ser para la muerte. Frente a este impase constitutivo, Zuleta no adopta una actitud racionalista, abstracta, ni se lanza en brazos de un anonadamiento irracional. Sabe que la humanidad elabora formaciones reactivas para solucionar la paradoja de su condición; "se trata de esa poderosa e insidiosa tendencia a producir un grupo madre y la oferta de idealización a quien pretenda o parezca encarnarlo, que no sólo las religiones y movimientos políticos sino también las sociedades psicoanalíticas y las tendencias teóricas más críticas, más lúcidas y más productivas, tienden a convertirse en partidos totalitarios y comienzan a secretar con la misma naturalidad con la que el hígado secreta bilis, sus ortodoxos y sus herejes". Pero, para Zuleta, esta tendencia no es producto de una desviación nociva, pero ocurrida en la superficie y por lo tanto superable por la benefactora intervención de la razón; ella tiene raíces profundas, mucho más profundas de lo que pensó Marx. Por eso Zuleta se ve obligado a apoyarse en los pensamientos de Freud y de Nietzsche. Refiriéndose al problema del dogmatismo, no se va por las ramas, sino que ataca el fundamento mismo de esa aspiración al dogma. En "Tribulación y felicidad del pensamiento", lo plantea en forma descarnada:

"Tal vez convenga dejar de lado momentáneamente el carácter mismo de esta convicción, su grado de elaboración y coherencia, las condiciones de su formación; para destacar solamente ese rasgo decisivo que ha llegado a ser un referente de identidad. Esto nos permite indicar, para comenzar, que en un

sentido fundamental todos somos dogmáticos, que no es posible tomar una alegre distancia sobre el dogmatismo, sin hacernos toda clase de ilusiones sobre la economía de nuestro pensamiento".

Zuleta muestra seguidamente cómo nuestro ingreso al mundo fue dogmático pues una "palabra incuestionable designó, valoró y configuró la imagen primera de la realidad y de nosotros mismos" y cómo más allá de la infancia "la nostalgia de una palabra fundadora sigue operando". Y Zuleta no se queda en ese punto, ya de por sí profundamente inquietante, sino que insiste en precisar el peso del dogmatismo en nuestra vida personal y colectiva; así dice:

"El dogmatismo es un hecho general que no puede ser erradicado por ninguna medida preventiva, ni higiene filosófica, porque es la manera como se articulan las formas de identidad, los deseos y las representaciones colectivas".

Al llegar a este límite de la crítica negativa, el lector de Zuleta podrá pensar que lo que éste postula es un callejón sin salida. Sin embargo, su vida fue un esfuerzo por buscar una salida. Sabía bien del peligro que lo acechaba en el trabajo de construcción de una crítica positiva: aparecerse con una tabla de salvación, es decir, con una concepción del mundo, que había sido definida por Freud como "una construcción intelectual que resuelve unitariamente sobre la base de una hipótesis superior, todos los problemas de nuestro ser, y en la cual, por tanto, no queda abierta interrogación ninguna y encuentra su lugar determinado todo lo que requiere nuestro interés". (Una concepción del universo, tomo II). En otras palabras, ese canto del viajero que en su soledad trata de apagar su angustia. Pero jamás en el pensamiento de Zuleta la crítica de la utopía implicó la sumisión al mundo tal como es. Por eso hizo suyas aquellas palabras de Musil: "Si existe un sentido de la realidad debe existir también un sentido de la posibilidad".

Frente a las idealizaciones Zuleta propone otro camino; aquel que consiste en mirar de frente la vida y así "reconocer que nunca se podrá escapar del todo a las peripecias de la idealización", pero afirmando también que este reconocimiento "es ya una manera de evitar la tenta-

ción trágica de tratar de encarnarla en la realidad". Este reconocimiento nos lleva a tomar posiciones: evitar la aspiración a la vida y las relaciones que la constituyen como "un idilio sin sombras y sin peligros y por lo tanto, en última instancia, un retorno al huevo"; evitar desear una sociedad sin contradicciones, cuya ilusoria búsqueda trae consigo "sus guerras santas y sus orgías de fraternidad".

Por el contrario, es preciso aceptar que la vida es riesgo, lucha, superación y aceptación de la muerte, no como un accidente exterior sino como parte constitutiva de la vida, pero sin poner la vida al servicio de la muerte. Aceptar que la vida "implica deseo y carencia, que toda relación interhumana que no sea una obnubilación es necesariamente inquietante, compleja y perdible". En el "Elogio de la dificultad", con su estilo incisivo e irónico, lo dice de una manera magnífica:

"Adán y sobre todo Eva, tienen el mérito original de habernos librado del paraíso, nuestro pecado es que anhelamos regresar a él".

Abandonar la nostalgia del paraíso originario implica reconocer que el principio de identidad no es tan seguro "ya que nadie puede ser uno ni siquiera consigo mismo", e implica también la aceptación de la insuperable opacidad del ser, ya que ni siquiera se puede ser transparente para consigo mismo. Ciertamente la filosofía de Estanislao Zuleta es exigente, tensa, pero no unilateral; en su pensamiento siempre están presentes las dos caras de la moneda, de ahí esa fuerza dialéctica que lo caracteriza. Y esta compleja determinación de su pensamiento atraviesa toda su obra hasta el momento mismo de su muerte. Pero en el ya citado artículo "Tribulación y felicidad del pensamiento", título que ya en sí mismo es un indicador del constante movimiento dialéctico de su concepción, sintetiza insuperablemente la oscilación de la vida:

"Filosofía. Con lo anterior he querido indicar que hay dos operaciones del pensamiento: la tendencia a romper con un sistema, un código, que generaba sus evidencias y otorgaba seguridad. Crítica, alegría de ver desaparecer lo obligatorio, que se ha vuelto inútil y ver surgir lo excluido que se revela necesario. Pero también dolor de perder las complicidades anteriores y angustia de no saber

hacia dónde conduce el proceso. Y la otra tendencia que trata de construir una nueva coherencia, una constricción y normatividad más elástica y comprensiva. Cuando estas tendencias se contraponen, en lugar de fomentarse; cuando la primera no es más que ruptura, desmantelamiento, nacimiento; pero se revela impotente para construir algo nuevo; y cuando la segunda se precipita en una sistematización protectora y cerrada, entonces el pensamiento se vuelve unilateral. Unilateralmente libertario o unilateralmente sistemático. En ambos casos se vuelve contra sí mismo y se convierte en prohibición e imposibilidad de pensar".

Alegría y dolor; toda ruptura productiva implica ambas cosas. Dolor de la razón, dice Zuleta. Felicidad también, pero no simplista: "La felicidad es empresa de producción transformadora con otro, aventura en común mezclada indiscerniblemente con la angustia y el dolor de la transformación". Indudablemente para Zuleta la vida es una empresa seria, única, irrepetible, de ahí su inquietud, su insatisfacción, su duda y su angustia; por eso, su sorprendente teoría de la lectura, como riesgo, como aventura; es lógico que aquellos que consideran la lectura como una actividad amable, placentera y sin consecuencias, sientan una gran extrañeza por la exigencia de Zuleta de que la lectura nos compromete vitalmente y que sólo hay lectura productiva cuando nos transforma, cuando nos cuestiona: "tú puedes comprar *La montaña mágica*, es una mercancía, está en todas las librerías, vale X pesos, \$ 1.000 ó \$ 1.200; pero si *La Montaña mágica* transforma tu relación con la muerte y con el amor es tuya, si no, es una mercancía que tienes en tu biblioteca".

Zuleta pensó y escribió desde la fidelidad a sus principios sin considerar la necesidad de conquistarse un público unánime, no pretendió ser un profeta. Por eso aquellos que creen que la vida es una novela rosa no pueden ser afines a las propuestas de Zuleta. Pero se equivocan cuando creen descubrir la clave de su pensamiento en el pesimismo. Zuleta no se dejó ubicar en la polaridad falsa, pesimismo-optimismo. Si se mira de cerca su pensamiento se captará que está habitado por una concepción trágica de la vida, en el más alto sentido de la palabra. Pero yendo más al fondo de este problema, es necesario recordar que lo que caracteriza al sentimiento trágico de la vida, tal

como lo pensó Nietzsche, es la capacidad, el valor de decirle sí a la vida, decirle sí a toda su complejidad, a toda su contradicción constitutiva. Creo que por este camino se comprenderá la significación que para Estanislao Zuleta tuvo un poema de Hölderlin, que recitaba frecuentemente:

"Y abiertamente consagré mi corazón a la
tierra

grave y doliente.
Y con frecuencia en la noche sagrada
le prometí que la amaría fielmente
hasta la muerte, sin temor;
con toda su pesada carga de fatalidad
que no despreciaría ninguno de sus enigmas
y así me ligué a ella con un lazo mortal".